

—¿Y vosotros, qué haceis ahí? gritó aquella mujerona dirigiéndose á los criados de la fonda. ¿Por qué no vais á buscar un poco de vinagre en vez de estar ahí mirándome como si fuese algun animal raro? ¿Como soy tan hermosa podeis entreteneros en contemplarme! ¡Id á escape, traed un poco de vinagre y agua fresca!

Mientras se dirigian todos en busca de aquellos líquidos, la mujer del sombrero grotesco acostó á miss Manette sobre el canapé y se puso á cuidarla hábil y cariñosamente.

—¡Hermosa mia! ¡pichona mia! murmuraba aquella mujer con acento conmovido, desplegando orgullosamente la cabellera de la jóven. Y vos, señor mio, ¿no hubiérais podido comunicarle vuestras noticias sin necesidad de ponerla en ese estado? Ved su palidez, sus manos rígidas y sus apagados ojos. Decidme: ¿debe un banquero conducirse de semejante manera?

Mr. Lorry, no sabiendo qué contestar á esta pregunta, volvió la cabeza con aire humilde y contrito. La mujerona despidió nuevamente y con aire amenazador á los criados, logró poco á poco que la jóven volviese en sí, y, despues de decirle y hacerle mil mimos, colocó su cabeza sobre uno de sus robustos hombros.

—Creo que ya está completamente bien, murmuró Mr. Lorry.

—¡Vos teneis la culpa de todo esto, señor mio! ¡Pobre pichoncita mia!

—¿Acompañais hasta París á esta señorita? preguntó el gentleman despues de una breve pausa.

—¡Vaya! respondió la mujerona, si yo hubiese nacido para atravesar el mar, ¿creéis que la Providencia me hubiera hecho nacer en una isla?

Esta segunda pregunta, no ménos dificultosa que la primera, hizo reflexionar profundamente á Mr. Lorry, y se retiró á su habitacion.

CAPITULO V.

La taberna.

Un enorme tonel se habia hecho añicos en la calle al descargar el carro que lo conducia: la barrica habia ido á estrellarse contra el suelo, se habian roto los aros, y los fragmentos de la pipa yacian sobre el empedrado enfrente de la puerta de una taberna.

Todos los vecinos habian interrumpido su trabajo ó su ociosidad para personarse en el lugar de la catástrofe y beber el vino que corria por el suelo.

Los adoquines, desiguales y prominentes, como arrojados allí por la casualidad, sin otro objeto que el de lisiar á los transeuntes, habian detenido el líquido formando multitud de charcos. Un grupo de individuos, más ó ménos numeroso y empujándose mutuamente, rodeaba cada uno de estos charcos. Varios hombres, arrodillados, formaban una especie de taza con sus dos manos, sacaban el precioso líquido y lo bebian ansiosamente, rechazando á las mujeres que, inclinadas sobre sus hombros, trataban de sorber el vino ántes de que se escapase por entre las junturas de los dedos.

Otros individuos de ambos sexos sumergian en los charcos de vino unas pequeñas cazuelas desportilladas, ó los pañuelos con que se cubrian la cabeza, exprimiendo luego las madres el líquido en la boca de los niños. Estos construian apresuradamente pequeños arrecifes de barro con objeto de detener el vino que se escapaba por entre las piedras, ó bien, bajo la direccion de los curiosos que se hallaban asomados á las ventanas, corrian en todas direcciones para detener los nuevos regueros que iban formándose. Algunos de aquellos infelices se habian apo-

derado de las astillas del tonel, cubiertas de fango y de lodo, y las chupaban y las mascaban con el mayor entusiasmo.

Pocos momentos despues, la parte de calle correspondiente á la taberna quedó tan perfectamente limpia de vino y de lodo, como si la hubieran barrido con todo esmero, cosa completamente desacostumbrada en aquel barrio.

En la calle en que se celebraba esta especie de franquachela, los hombres, las mujeres y los niños reían y gritaban bulliciosamente. La satisfaccion de aquellas pobres gentes se revelaba con cierta rudeza y una extraordinaria alegría. Notábase en todos los grupos cierto espíritu de compañerismo, y las personas ménos desdichadas y mejor humoradas se abrazaban como locos, pronunciaban alegres brindis, se estrechaban las manos, y bailaban enagenadas de contento.

Cuando el vino hubo desaparecido por completo, cesaron de pronto aquellas demostraciones de alegría; el serrador de madera que habia abandonado su tarea, volvió á dedicarse á su trabajo, y la mujer entró nuevamente en su domicilio en busca del modesto braserillo que prestaba algun calor á sus ateridos miembros.

Los trabajadores de rostro cadavérico, que con los brazos remangados y los cabellos desgredados y cubiertos de polvo habian abandonado sus sótanos para mostrarse á la luz de aquel día de invierno, bajaron nuevamente á sus respectivos talleres, y volvió á reinar una profunda tristeza en aquellos lugares que parecian reñidos con el sol y la alegría.

El vino tinto que habia corrido por aquella oscura calle del arrabal Saint-Antoine, habia manchado el piso y aquellas manos, aquellos rostros, y aquellos piés desnudos. El serrador de madera, dejaba marcadas las huellas de sus dedos en los tablones que tocaban sus manos.

La mujer que daba de mamar á su hijo, tenia en la frente manchas rojizas impresas por el pañizuelo que habia vuelto á colocarse en la cabeza. Los que habian mascado las duelas enrojecidas de la barrica, tenian alrededor de la boca las huellas que se ven en la de los tigres, y uno de aquellos individuos, hombre de buen humor y cuya cabeza aparecia cubierta por un asqueroso gorro de algodon que le caía sobre la espalda, mojó un dedo en el barro formado por el vino y borroneó sobre una de las paredes la palabra: SANGRE.

Debia llegar un día en que la sangre corriese por las calles, dejando manchas enrojecidas en la frente y en las manos de la mayor parte de las personas allí reunidas.

En cuánto una nube, apartada un instante por un furtivo rayo de sol, sombreaba nuevamente la fisonomia del arrabal Saint-Antoine, quedaba éste sumergido en las más espesas tinieblas. El frio, la mugre, la ignorancia, las enfermedades y la miseria, formaban el séquito del bienaventurado patron; séquito capitaneado por el hambre, que es siempre el personaje más influyente.

Veíanse por todas partes infinidad de individuos esteñados por el dolor y la miseria, que en las casas, en las calles de árboles, en las puertas y en las ventanas, tiritaban bajo los inmundos harapos que cubrian apénas sus descarnados miembros. Los niños tenian el rostro envejecido, la voz ronca, y en las precoces arrugas de su rostro, como en las demacradas facciones de sus padres, habia impreso el hambre su horrible sello.

Todo revelaba la más profunda miseria: los asquerosos andrajos colgades en las cuerdas y en las perchas tendidas en las ventanas; la paja, los trapos y la borra de que estaban mal rellenos los jergones. El hambre repetía su nombre en cada pequeño tarugo que vendía el serrador de madera; el hambre contemplaba á los transcientes desde lo alto de las chimeneas heladas y vacías, y surgía

de la cenagosa calle, cuya basura no contenía ni un solo resto de ninguna clase de comestible.

El hambre se revelaba en el mostrador del panadero y en cada negra y mal pesada hogaza, del mismo modo que en el queso y en las salchichas de carne de perro que vendía el salchichero. Algunos descarnados huesos chirriaban al fuego entre un escaso número de castañas, y en el fondo de la sartén, sobre unas cuantas gotas de aceite, chisporroteaban unas exiguas rebanadas de patata.

El hambre tenía su natural albergue en todos los ámbitos de aquella tortuosa calle, atestada de inmundicias, y en la cual desembocaban otras calles, igualmente tortuosas, sucias y hediondas, pobladas de gorros de algodón y de harapos apestando á mugre, y en que cada objeto visible, pálido, enfermizo ó repugnante, parecía un presagio de infortunio.

Dejábase ver en aquellas fisonomías de animal perseguido sin tregua ni descanso, que la fiera llegaría á volverse un día contra sus crueles hostigadores. Entre aquellos abatidos espectros, que huían medrosamente, hallábanse ojos en que brillaba el rayo, lábios convulsos, pálidos de rabia, y frentes ceñudas, cuyas marcadas arrugas parecían cuerdas, y recordaban la horca en que aquellos hombres podían ser condenados y tal vez condenadores.

Hallábase la imágen del hambre en las muestras de las tiendas, en las piltrafas de carne pintadas en la parte superior de la puerta del carnicero, en la sombra del pan seco y negro, que indicaba la panadería, en los bebederos que, pintarrajeados en la puerta de la taberna, gesticulaban delante de sus vasos de vinazo adulterado, y que, con los ojos encendidos, se acercaban unos á otros como para hacerse mútuas revelaciones.

Todo cuanto se ofrecía á la vista era pobre y mezquino, excepto las herramientas y las armas; el filo de los

cuchillos y de las hachas era brillante y sutil, los martillos del herrero eran pesados, y la tienda del armero contenía gran número de fusiles.

La calle carecía de aceras, y el empedrado derruido, con sus charcos de barro y agua cenagosa, llegaba hasta las paredes. Cuando llovía abundantemente, corría el agua por el centro de la calle, y tomando caprichosos giros, inundaba los pisos bajos y los sótanos.

De largo en largo trecho veíanse toscas linternas pendientes de una cuerda; y al llegar la noche, cuando el encargado de encenderlas cumplía su cometido, balanceaban su incierta luz como si estuviesen colocadas sobre móviles olas. Agitábanse efectivamente sobre un mar tempestuoso, y el barco y la tripulación se hallaban amenazados por la tempestad. Acercábase el día en que los descarnados ociosos y hambrientos espantajos que poblaban aquella region, cansados de contemplar al encendedor de faroles, tratarían de utilizar sus poleas y sus cuerdas para izar hombres al lado de sus linternas, con objeto de alumbrar con mayor resplandor las tinieblas de su espantosa miseria. Pero aún estaba lejos ese día, y los vientos que cruzaban la Francia sacudían inútilmente los harapos de aquellos espantajos: los pájaros de melodioso acento y rico plumaje, no veían en ellos ningún objeto de alarmas.

La taberna á cuya puerta se había roto la barrica, estaba situada en un ángulo de la calle, y parecía ménos pobre que la mayor parte de sus vecinas. En el dintel de la puerta hallábase el tabernero que, vestido de calzon verde y chaleco amarillo, había contemplado á la gente que se disputaba el vino derramado.

—Maldito lo que me importa, dijo encogiéndose de hombros, así que vió desaparecer los últimos restos. Quien rompe, paga; los que han tenido la culpa me darán otra barrica. ¡Eh, Gaspar! exclamó dirigiéndose al hombre que

escribía la palabra SANGRE sobre la pared; vamos á ver, ¿qué estás haciendo ahí?

Gaspar mostró con el dedo la palabra que acababa de trazar, é hizo un gesto bastante significativo que produjo un efecto contrario al que se proponía.

—¿Pero has perdido la cabeza? le preguntó el tabernero, y cruzando al otro lado de la calle, cogió un puñado de barro y borró los caracteres trazados por Gaspar. Vamos á ver, ¿qué necesidad hay de escribir eso en público? ¿No hay otros sitios en que grabar semejantes palabras?

Al terminar esta frase, el tabernero, tal vez sin notarlo, y tal vez con intencion, colocó la mano izquierda sobre el corazon del artesano. Este estrechó la mano del vinatero, dió un gran salto, adoptó una actitud estravagante al coger su zapato enrojecido que habia arrojado al aire y permaneció un momento sobre la punta del pié derecho.

Era un chusco que parecia muy dispuesto á poner en ejecucion sus pesadas chanzonetas.

—Vuelve á ponerte ese zapato, dijo el tabernero, llamemos pan al pan y vino al vino, y no hagamos tonterías.

Luego se limpió la mano llena de barro en el hombro de Gaspar, con la misma naturalidad que si se la hubiese ensuciado con este objeto, volvió á cruzar la calle y entró en su tienda. Era hombre de unos treinta y tantos años y fuerte como un toro; tenia un aire muy marcial y mucho calor natural, porque, á pesar de que el frio era muy intenso, llevaba la chaqueta sobre el hombro; tenia remangadas las mangas de la camisa, los brazos desnudos hasta el codo, y su cabeza no tenia más adorno que el de sus cabellos negros y enrespados. Era su tez morena, y sus grandes ojos, extraordinariamente separados, revelaban una noble franqueza. Parecia, en resúmen, un mozo de buen humor, pero su cólera debia ser terrible. Era

indudablemente un hombre decidido y resuelto que no convenia encontrarse en un camino estrecho y al borde de un precipicio, porque nada de este mundo hubiera podido hacerle retroceder.

Su esposa, Mme. Defarge, estaba sentada enfrente del mostrador cuando él entró en la tienda. Era una mujer sumamente robusta, de la misma edad, próximamente, que su marido, y su vigilante mirada parecia no notar nada de cuanto pasaba á su lado. Una mano grande y bien hecha, cargada de macizas sortijas, un rostro impasible, unas facciones pronunciadisimas y una imperturbable sangre fria la caracterizaban desde luego, y un cierto no sé qué hacia comprender al primer golpe de vista que rara vez se engañaba, en su propio perjuicio, en las cuentas de que estaba encargada.

Mme. Defarge, que sin duda era muy sensible al frio, estaba cubierta de pieles y tenia alrededor de la cabeza una pañoleta de vistosos colores que dejaban ver, sin embargo, unas enormes arracadas. Tenia cerca de sí su labor de hacer media, y acababa de dejarla para limpiarse los dientes. Ejecutaba esta operacion sujetando el codo con la mano izquierda, y no hizo el menor gesto ni volvió siquiera los ojos cuando entró su marido, pero tosó ligeramente, sin cambiar de actitud. Aquella tosecilla, unida á un ligero movimiento de las negras y pronunciadas cejas de la tabernera, sugirió á su marido la idea de inspeccionar la tienda para ver si durante su ausencia habian entrado allí nuevos bebedores. Paseó su mirada alrededor de la sala, y sus ojos se fijaron en un hombre de cierta edad y en una jóven que se hallaban sentados en un rincon.

Dos individuos jugaban á los naipes, otros dos terminaban una partida de dominó, tres mozalvetes se hallaban de pié al lado del mostrador, ocupados en hacer durar todo lo posible sus respectivas medias copas de vino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY MEXICO

29120

Mr. Defarge, al pasar por detrás de ellos, observó que el señor de cierta edad dirigía á su compañera una mirada que parecía significar:

—¡Hé ahí nuestro hombre!

—¿Qué demonio vendrán á hacer por aquí estos dos personajes? dijo para sí Mr. Defarge.

Aparentó, sin embargo, no preocuparse por la presencia de aquellos extranjeros, y se puso á charlar con los tres individuos que se hallaban junto al mostrador.

—Jacobo, le preguntó uno de los tres bebedores, ¿han recogido ya todo el vino?

—Hasta la última gota, Jacobo.

Después de este cambio de nombres de pila, Mme. Defarge, que continuaba esgrimiendo su mondadientes, tosió de nuevo y volvió á levantar las cejas.

—Esos pobres diablos tienen tan pocas ocasiones de probar el vino! repuso el segundo bebedor, dirigiéndose al tabernero; la mayor parte de ellos no tragan durante toda su vida mas que disgustos y pan negro.

—Esa es la pura verdad, Jacobo, respondió Mr. Defarge.

Después de este segundo cambio de nombres de pila, la mujer del tabernero, continuando con toda tranquilidad en el manejo de su mondadientes, tosió y volvió á levantar las cejas.

—¡Ay, Jacobo, qué vida tan perra la de los pobres!

—Vida llena exclusivamente de amarguras, dijo el tercer bebedor, dejando su vaso sobre el mostrador y produciendo un chasquido con los labios.

—Tienes razón, Jacobo, respondió el tabernero.

Al terminar este tercer cambio de nombres de pila, Mme. Defarge abandonó su mondadientes, volvió á levantar las cejas, y se agitó ligeramente sobre su silla.

—Es verdad. Silencio! murmuró el marido; señores, ahí teneis á mi mujer.

Los tres bebedores se quitaron los sombreros y salu-

daron á Mme. Defarge. Esta correspondió al saludo inclinando la cabeza y dirigiéndoles una expresiva mirada; luego recorrió disimuladamente con la vista toda la extensión de la sala, volvió á coger con mucha calma su calceta, y pareció dedicarse á su labor con toda la atención que el caso requería.

—Buenos días, señores, dijo el marido á los tres Jacobos, sin dejar de mirar á su mujer. La habitacion amueblada que deseais ver y de que me hablábais hace un momento, cuando tuve que salir á la calle, está situada en el sexto piso, escalera de la izquierda, á lo último de ese pequeño pátio que se vé desde aquí; pero ahora recuerdo que uno de vosotros la ha visitado ya, y él podrá dirigir á los demás. Hasta luego, señores.

Los tres camaradas pagaron y salieron de la tienda.

Mr. Defarge, apoyado sobre el mostrador, parecía extasiado ante la labor de su mujer, que continuaba haciendo calceta, cuando el señor de cierta edad, adelantándose hácia él, le preguntó si podia decirle una palabra.

—No hay ningún inconveniente, caballero, dijo el dueño de la taberna acompañando hasta la puerta á su interlocutor.

El diálogo fué breve; á la primera palabra, el tabernero hizo un movimiento de sorpresa y manifestó el mayor interés; al escuchar la segunda frase, hizo seña al desconocido y á la jóven para que le siguiesen, y los tres se pusieron en marcha.

Mme. Defarge, con la vista baja y el ánimo sereno, continuaba á toda prisa haciendo calceta, y no vió nada de cuanto acababa de pasar en el dintel de la puerta.

Mr. Lorry y miss Manette fueron conducidos por el tabernero á la escalera que acababan de subir los tres Jacobos. Para llegar á ella habia que atravesar un pátio pequeño, húmedo y hediondo, que correspondia á varias casas habitadas por un considerable número de inquil-

nos. Mr. Defarge, al penetrar bajo la oscura bóveda en que comenzaba la escalera, se arrodilló á los piés de la hija de su antiguo amo y le besó la mano. El tabernero se habia transformado completamente: ya no era el buen vividor de rostro franco y risueño, sino un hombre grave, discreto y amenazador.

—Subid despacio; la habitacion está muy alta, y la escalera es sumamente empinada, dijo con voz sombría dirigiéndose á Mr. Lorry.

—¿Está solo? murmuró el gentleman.

—¡Dios mio! ¿quién quereis que esté á su lado? replicó el tabernero en voz baja.

—¿Está siempre solo?

—¡Siempre!

¿Está muy cambiado?

—¡Ya lo creo que está cambiado!

El tabernero se detuvo, golpeó con el puño sobre la pared y profirió entre dientes una horrible imprecacion. Esta respuesta no podia ser más significativa, y Mr. Lorry se entristeció cada vez más á medida que continuaban su ascencion.

La escalera de una casa como aquella, con todas sus dependencias, es aún hoy dia, en los antiguos barrios de París, una cosa bastante repugnante; pero en aquella época, era difícil que nadie pudiera acostumbrarse á soportar su aspecto y su fetidez. Cada habitacion, ó mejor dicho, cada celda de aquella colmena de seis pisos, depositaba la basura en la calle y arrojaba por las ventanas al pátio toda clase de inmundicias. Aquel hacinamiento de asquerosidades hubiera sido más que suficiente para viciar el aire más puro, sin necesidad de que la miseria contribuyese á ello con sus efluvios, y estas dos corrientes combinadas impedían que fuese respirable.

La escalera cenagosa y sombría por que trepaban el tabernero y sus dos acompañantes, se hallaba situada en

medio de aquella envenenada atmósfera. Mr. Lorry habia tenido que descansar tres veces por necesidad personal y por compasion hacía miss Manette, cuya agitacion aumentaba por momentos. Cada uno de estos descansos se habia verificado cerca de una ventana, cuyos barrotes dejaban escapar la parte ménos corrompida de la atmósfera, en tanto que los apestados miasmas acudian al interior, en donde se amontonaban incesantemente. A través de aquellas rejas, cubiertas de asquerosa mugre, se divisaban confusamente las casas vecinas; y, exceptuando la cima de las torres de *Notre-Dame*, no se veía nada que recordase una vida sana ú honradas aspiraciones.

Nuestros amigos llegaron por fin al último peldaño de la escalera, en donde descansaron por la cuarta vez. Otra escalera, más empinada y estrecha que la anterior, una especie de escalera de mano, si hemos de hablar con propiedad, conducía á la guardilla.

El tabernero, siempre delante y próximo á Mr. Lorry, como si temiese las preguntas de la jóven, se detuvo, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta que llevaba al hombro, y sacó una llave.

—Pero ¿es que está encerrado? preguntó Mr. Lorry, sumamente sorprendido.

—Sí, señor, replicó Mr. Defarge.

—¿Y creis que eso es necesario?

—Es indispensable.

—¿Por qué?

—Porque ha vivido mucho tiempo bajo cerrojos, y tendria miedo, y se mataria ó haria cualquier locura si hallase la puerta abierta.

—¿Es posible! exclamó Mr. Lorry.

—No os quepa la menor duda, respondió con amargura el tabernero. ¡Dichoso mundo en que no solamente puede suceder esto y otras cosas análogas, sino que se ven diariamente á la faz del cielo! Pero continuemos.

Este diálogo se había verificado en voz baja, y la jóven no había oído de él una sola palabra; sin embargo, su emoción era tan viva y tan profundo su terror, que Mr. Lorry creyó necesario dirigirle algunas palabras.

—¡Querida señorita, valor! le dijo; se trata de un negocio importante... Lo más cruel será atravesar esa puerta; y luego, negocio concluido. Pensad en el consuelo y en la dicha que vais á procurarle. Querida niña, dejad que os sostenga este excelente hombre. Muy bien, amigo mio, vamos, niña, valor; se trata de un negocio... de un negocio...

La escalera de mano no era muy larga y llegaron pronto á la parte superior. La especie de corredor en donde desembocaron daba vuelta á muy corta distancia, y se encontraron enfrente de tres hombres que, apretados entre sí, miraban ansiosamente por una de las hendiduras de la pared. Aquellos hombres se volvieron al oír que álguien se acercaba, y Mr. Lorry reconoció á los tres bebedores que se hallaban poco ántes al lado de Mme. Defarge.

—Vuestra visita me ha sorprendido de tal modo, que no me acordaba ya de ellos, dijo el tabernero. Compañeros, dejadnos solos; tenemos que hacer aquí.

Los tres hombres se alejaron y desaparecieron silenciosamente. Así que se alejaron, el tabernero se dirigió á la única puerta que había en el corredor.

—¿Convertís acaso á Mr. Manette en un objeto de curiosidad? le preguntó en voz baja Mr. Lorry con cierta irritación.

—Se lo muestro únicamente á algunos elegidos.

—¿Y os parece que eso está bien hecho?

—Creo que sí.

—¿Y qué gentes son esas que vienen á verle?

—Gentes de corazón, hombres que llevan mi nombre (yo me llamo Jacobo) y á quienes ese espectáculo es muy saludable. Vos sois inglés; esto no vá con vos.

Mr. Defarge se bajó y aplicó un ojo á la hendidura de la pared; luego se levantó, dió dos ó tres golpes á la puerta, sin otro objeto que el de producir un ruido cualquiera, y con esta misma idea hizo rechinar la llave dentro de la cerradura.

La puerta se abrió lentamente, el tabernero asomó la cabeza, profirió algunas palabras que fueron contestadas por una voz débil, y volviéndose hácia Mr. Lorry y miss Manette, les hizo una seña de que entrasen. Mr. Lorry vió vacilar á la jóven, y la sostuvo en sus brazos á tiempo de evitar que cayese al suelo desmayada.

—¡Valor, niña! balbuceó el pobre hombre sumamente acongojado, ¡valor! ¡Ya veis que es necesario entrar!

—Tengo miedo, respondió temblando la jóven.

—Miedo, ¿de qué, señorita?

—¡De él, de mi padre!

Mr. Lorry, asustado al ver la situación en que se hallaba su compañera, y turbado por las señas que le hacía el tabernero, adoptó un partido desesperado: cogió á la jóven en brazos y se precipitó con ella en la guardilla, en donde la hizo que tomase asiento y continuó sosteniéndola.

Defarge, despues de cerrar la puerta, cogió la llave y la conservó en la mano. Todo esto metódicamente y haciendo ruido. Por último, dirigióse con toda lentitud hácia la ventana y contempló desde allí á sus acompañantes.

El zaquizamí en que acababan de entrar estaba destinado á guardar leña, y era completamente oscuro; la ventana, es decir, lo que hemos llamado así, no era mas que un boquete abierto en el tejado, cerrado por una puerta sin cristales, y provisto de una gran polea para subir los leños y todos los objetos voluminosos que había que colocar en el desvan. Las dos hojas de aquella puerta, medio entreabiertas, sin duda á causa del frío, dejaban penetrar tan poca luz en aquel chirivital, que era ne-

cesario una larga costumbre para poder hacer allí algo que reclamase un poco de cuidado.

Sin embargo, habia allí una persona que trabajaba con verdadero afán: un anciano, con el rostro vuelto hacia la ventana, sentado en un taburete y con la cabeza inclinada sobre su labor, estaba completamente absorto en la construccion de un par de zapatos.

CAPITULO VI.

El zapatero.

—Buenos dias, dijo Mr. Defarge dirigiéndose al anciano.

—¡Buenos dias! respondió una voz tan sumamente débil, que parecia un eco lejano.

—¡Siempre tan ocupado en vuestro trabajo! continuó el tabernero.

Despues de un instante de silencio, la encanecida cabeza se irguió un momento, dos ojos despavoridos se fijaron en Mr. Defarge, y la voz murmuró débilmente:

—Sí... estoy trabajando.

Aquella voz tenia algo de desgarrador y horrible: no era la debilidad que resulta del empobrecimiento físico, por más que hubiese nacido, sin duda alguna, del sufrimiento; era la debilidad que se contrae en la soledad, la que proviene de un prolongadísimo silencio. Aquel acento apagado, falto de vida y que apenas conservaba ninguna de las vibraciones de la voz humana, producía el mismo efecto que un vistoso color, borrado por el tiempo, y del cual queda sólo una mancha pálida y ténue, sin relacion alguna con el tinte que tuvo en otro tiempo. Aquella voz era tan opaca, que parecia escapada de un subterráneo, y su expresivo acento era el de un viajero que, al morir de sed en un desierto, se lamenta recor-

dando la pátria y los seres queridos que no volverá á ver nunca.

Despues de trabajar silenciosamente durante algunos minutos, el hombre de los cabellos blancos volvió á alzar la vista, no por interés ó por curiosidad, sino bajo la influencia de una percepcion puramente maquinal: porque el sitio en que habia visto á Mr. Defarge, que era el único personaje en que habia reparado, continuaba siempre ocupado.

—Yo quisiera que tuviésemos un poco más de claridad, dijo el tabernero, sin dejar de contemplarle: ¿podriais soportar una luz más viva?

El zapatero volvió la cabeza, miró hacia el suelo en todos sentidos y como pareciendo querer fijar toda su atencion; luego miró á Mr. Defarge.

—¿Qué deciais? murmuró.

—Os he preguntado si podriais soportar una luz más viva.

—Si me lo mandais, tendré que soportarla, exclamó con timidez.

Mr. Defarge abrió una de las hojas de la puerta y la sujetó; la posicion en que acabada de colocarla, hizo penetrar un luminoso rayo de luz que permitió ver al zapatero, el cual, con una horma entre las rodillas, habia suspendido su trabajo.

Tenia á su alrededor una porcion de herramientas y algunos retazos de cuero. Su barba blanca y desigualmente cortada, no era muy larga; el rostro estaba demarcado. Sus ojos, que brillaban inquietos bajo dos cejas que se habian conservado negras, y bajo una masa confusa de cabellos blancos, aparecian extraordinariamente grandes. Un guñapo amarillento que le servia de camisa estaba abierto sobre su pecho, y dejaba ver un cuerpo ajado y raquítico. Toda su persona, su vieja blusa de un tejido grosero, sus medias excesivamente anchas, y sus